

Viraje a Berlín

Cortados #3



César Casanova López

Viraje a Berlín

(CORTADOS #3)



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com/>

<http://cortados.hostei.com/>

Ver. 20100729

© 2009 César Casanova López



Viraje a Berlín por César Casanova López está liberado bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 3.0 España. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Las fotografías pertenecen a César Casanova López y están liberadas por la misma licencia.

Escrito en Otoño de 2009 con OpenOffice.org

A pill for every ill

¡Atchússs! ¡Aaaaaaaaatchússs! Permítanme contarles, queridos consumidores tragapíldoras, la breve y singular visita que en el año 2009 realicé a la capital alemana y de la que, muy a mi pesar, aún conservo un incómodo *souvenir*...

Es día uno de Septiembre y el sol cae tan fuerte que incluso un español buscaría refugio a la sombra. Bajo el estrecho cobijo que me proporciona el cañón del ML-20 soviético, descanso mis pies hinchados tras una interesante visita al Reichstag y al Pergamonmuseum. Sin embargo y pese al excepcional calor, miles de personas se agolpan en las calles. Bajo los poco más de ciento cincuenta y dos milímetros de sombra observo desfilar una interminable columna de tractores y camionetas por la *Straße des 17 Juni*.



Adornados con pancartas y banderolas avanzan con lentitud arrastrando “carrozas protesta” y lanzando estruendosos bocinazos. Algunos conductores discuten con la *polizei* berlinesa, que les rodea con sus motocicletas y les obliga a mantenerse dentro de un único carril, aunque la vía está totalmente cortada al tráfico en ambas direcciones desde Sieguessäule, la Columna de la Victoria. La movida se concentra en la Puerta de Brandemburgo, donde han levantado un escenario bien equipado con micros, cámaras, focos, bafles y pantallas gigantes. Desde aquí y sobre el

ruido de los claxon, de la música y del griterío, aún podría seguir el apasionado discurso sobre la falacia del sistema democrático, el peligro de la derecha, y de su intención de envenenarnos con nuevas centrales nucleares y alimentos transgénicos... Si mi dominio del idioma fuese tan sólo un poco mejor. Pero por el contexto, las palabras casi se traducen solas. Mi vista recorre la turba de manifestantes: agricultores, hippies, curritos, estudiantes, rastas, yuppies, punks, jubilados, oficinistas, moteros, deportistas... La masa está salpicada de agentes de policía urbana, uniformes y gorras azules en pareja; los antidisturbios están discretamente apartados del alboroto, lejos de las cámaras, esperando relajadamente en sus furgones y tanquetas verdes aparcadas en un camino de tierra que se adentra en el parque rodeado de frondosos árboles. Aquí las protagonistas son las

carrozas, decoradas con un agudo ingenio alemán. Veo una en la que han colocado maniquíes vestidos de traje y corbata, con cabeza de cerdo y que sostienen pancartas pronucleares; pesados sacos esparcidos a sus pies y marcados con el funesto signo del dólar los mantienen orgullosamente erguidos. Más atrás hay otra interesante: un caballo de Troya fabricado en cartón-piedra y rotulado con el logotipo del partido en el gobierno; alzado sobre gruesos bidones marcados con el símbolo de peligro radiactivo. Hay camionetas que arrastran carteles y pancartas, banderolas con el símbolo del sol sonriente, bafles que vomitan slogans y música y mucho ruido, arrastran carromatos repletos de jóvenes ondeando banderas y lanzando panfletos. Hay gente en todas partes, y a soportar el calor de la tarde les ayuda la fresca cerveza alemana que se reparte desde las furgonetas aparcadas a ambos lados de la calle.



Es buen material para un turista despistado, incluso para un reportero gráfico de vacaciones. Sí, saco de todo esto unas cuantas fotos. No sólo del Pergamonmuseum vive el visitante. Pues admito sin discusión que Berlín no es la más bella de las ciudades, pero nadie puede negar que tiene su encanto; cierto aire de extravagancia, de peculiaridad en su historia, en su arquitectura y en su gente. “*Berlin ist arm, aber sexy*”, como dijo un antiguo alcalde de la ciudad, pobre pero sexy. Llegué en la madrugada y poco

después de la hora del desayuno ya tenía anécdotas suficientes para demostrar esa peculiaridad de la que hablo. ¿Se imaginan recorrer Hyde Park o El Retiro y encontrarse a la gente tumbada sobre el césped tomando el sol completamente desnuda? Pues en el Tiergarten puedes hacerlo, ellos lo llaman Freikörperkultur. Tienen un museo erótico, otro sobre la marihuana, otro sobre la Stasi, celebran multitudinarias fiestas gay en las calles sobre las que una vez desfiló el ejército Nazi y que más tarde partió el Muro de la Vergüenza... No, el muro de los fascistas judíos no, el otro. No, no, tampoco el de los fascistas marroquíes, pero no, tampoco el... Bueno, ya sabes, el Muro de Berlín. Ay, Berlín... nadie puede negar que tiene su encanto; cierto aire de extravagancia... Y lo digo sin haber saboreado un cóctel en el KitKatClub, pues soy demasiado *straight*, tan "*normal*" y aburrido que seguramente me denegasen la entrada. En Berlín puedes pillar una birra y un kebab a cualquier hora del día o de la noche. ¡Y qué precios! ¿En qué ciudad europea te venden medio litro de exquisita cerveza alemana por un euro a las cuatro de la madrugada de un martes cualquiera?

Es buen material para un turista despistado, incluso para un reportero gráfico de vacaciones. Y es que nadie puede negar que Berlín tiene su encanto. Pero es que además, he aterrizado en época de elecciones. Eso siempre da un aire más vivo al ánimo de la gente. Aunque en realidad nunca cambia nada una vez retiran las urnas, y esto es un hecho global. Pero la gente se siente mejor creyendo que puede cambiar el sistema marcando en la papeleta una casilla diferente. Y en ocasiones, las masas están tan contentas en este estado de "bienestar" que incluso repiten su voto... Los alemanes llevan varias reelecciones del partido conservador que, como todos los partidos conservadores en el resto del mundo, ha privatizado los servicios públicos y ha otorgado sus poderes a las grandes empresas, que ya incluso se atreven plasmar su propia idea de lo que debe ser la política social. En el caso de



Alemania, la derecha ha aumentado además el protagonismo de la energía nuclear, amenazando con olvidar la fecha límite establecida en el Consenso Atómico para el desmantelamiento de todas las centrales, y beneficiando así al oligopolio atómico. Y su posición no ha cambiado pese a los recientes acontecimientos, como el accidente sucedido el último cuatro de Julio en la central nuclear de Krümmel, que levantó las quejas incluso de los más conformistas. Pero hace ya largo tiempo que los políticos dejaron de prestar atención a las peticiones de sus ciudadanos de a pie, sobre todo si éstas interfieren con los intereses de las grandes corporaciones financieras e industriales. Por poner otro ejemplo, recordemos el apoyo que el gobierno alemán ha concedido recientemente a la farmacéutica Bayon, la más poderosa del país, de Europa, y del mundo después de establecer importantes acuerdos comerciales y de investigación con la estadounidense Bastor. Con la excusa de la nueva gripe porcina, el canciller ha brindado libertades extremas y financiación innecesaria a la poderosa farmacéutica que explota la patente de la vacuna y de un compuesto similar al *oseltamivir*, para combatir los síntomas del nuevo virus. El antiviral, pese al precio excesivo y a los efectos secundarios no descritos ni anunciados, se vende como rosquillas en toda Europa y en los Estados Unidos. La gente tiene pánico al nuevo virus; los gobiernos no paran de dar cifras de infección sin explicar en qué consiste realmente la enfermedad, su gravedad, su origen. Algunos profesionales de la medicina han confirmado que la agresividad de esta fiebre porcina es aproximadamente la mitad que la de una gripe estacional. Pero nadie se fía, todos tienen miedo de contagiarse y morir. Quizá gracias a la OMS, que ha

cambiado la definición de "pandemia" para que deje de tener en cuenta la peligrosidad del virus, concentrándose tan sólo en la infectividad. De este modo ha podido establecer el adjetivo de pandemia a la nueva gripe, ha elevado el nivel de alerta al máximo y los gobiernos mundiales se han visto obligados a comprar millones de vacunas de la marca alemana. La corporación, además, es un monstruo de cien cabezas y diversifica su mercado en otros sectores. Se dedica con gran éxito a la manipulación genética, particularmente en el campo de la agricultura transgénica. Uno de sus logros es haber dejado en la calle a miles de agricultores que han perdido sus cosechas, mientras que otros se han visto obligados a trabajar con las semillas transgénicas y los productos fertilizantes e insecticidas asociados que comercializa la compañía. Y pese a la anunciada eficacia de la vacuna, lo cierto es que la



epidemia continúa extendiéndose mientras aumenta el número de casos del síndrome Guillain-Barré y algunas otras reacciones graves como efecto secundario. Por eso, muchos manifestantes gritan a través de sus mascarillas algo así como que el gobierno está dejando que les envenenen. Sorprendentemente, las encuestas dan como favorito, de nuevo, al partido conservador.



Trabajo, trabajo, trabajo. Ya me he cansado de política y bocinazos, de verdes y antidisturbios. Voy a echar unas fotos al memorial que tengo a mis espaldas, ahora que todos los turistas y locales se apiñan en la Brandenburger Tor. Tumbado sobre las flores, el enorme soldado soviético aparece en mi objetivo como un gigante agresivo y poderoso, tan duro como el material del que está hecho, ufano tras aplastar al ejército Nazi y liberar los campos de exterminio, clic. Desde aquí hay también una buena foto del *howitzer* y del tanque T-34, clic. Ahora un primer plano del ML-20. Tumbado aún sobre las flores, empiezo a sentir el frescor de la hierba húmeda. Aumento el *zoom* y encuadro. Pero justo cuando acciono el disparador, clic, un espontáneo se cuelga en mi obra de arte. Mierda, siempre tiene que haber algún capullo que te joda la toma. Y curiosamente no tiene pinta de turista, parece más bien un típico joven berlinés, con sus greñas rubias y rizadas, pálido como la nieve, cara alargada y gafas negras de pasta. Un *progre* salido de la manifestación, pero... ¿Qué coño hace? Se ha encaramado al cañón... Debe de estar borracho. Esto merece otra foto, y le saco una de primer plano, clic. ¿Y un vídeo? Ya me imagino enseñándolo en la oficina, un puro ejemplo de la seriedad alemana de la que tanto habla mi jefe. Pero no me da tiempo, porque el tipo se descuelga de la máquina de guerra y se aleja en dirección opuesta, hacia el cementerio soviético y el Tiergarten. Joder, qué peña más rara. Bueno, ahora va la buena. El ML-20 de 152mm queda

preciosamente enmarcado en el LDC de mi cámara. Pero ahí van, donde hay un capullo puede haber más. Dos tipos jóvenes, altos y atléticos, vaqueros y camiseta de algodón, pelo corto y expresión resoluta. Caminan deprisa uno al lado del otro con su dura mirada fija al frente, cruzando mi objetivo junto a la pieza de artillería. Demasiado aburridos para que malgaste una foto con ellos... ¿O quizá no? ¿Dónde van tan decididos? Polis, tienen pinta de dos polis de paisano. Quizá buscan al greñudo rubio de antes... O quizá son una pareja de gays que van a... Ja, ja ¿Qué importa? ¿Quién podría saberlo? El mundo está lleno de historias increíbles de las que uno normalmente no es más que un eventual espectador. Siempre piensas que es una lástima, que la vida es tremendamente aburrida. Pero tengo los pies cansados y no quiero meterme en líos nada más llegar a Berlín. Definitivamente no soy un reportero de guerra; aunque siempre he deseado ser uno de ellos: enérgico, bravo, con millones de anécdotas que contar... y fallecido prematuramente como una estrella del rock. Así que vuelvo a encuadrar el maldito cañón y disparo, clic. Bien, esta vez tengo lo que buscaba. Lo veo ahí, en la pantalla de mi cámara, un objeto con tanta historia... ¡y qué imagen tan aburrida! Es lo malo de no ser un reportero de guerra, la artillería se convierte en chatarra decorativa. Es lo malo de viajar solo, las fotos son tristes, anónimas... Joder, hoy soy un puto turista, así que me concedo el capricho... Pongo el temporizador, coloco la cámara sobre mi mochila y me sitúo frente al objetivo, clic. Sí, sin duda mi imagen juvenil favorece enormemente la composición. Ay, si uno mismo no se dijese palabras bonitas...



Son las 21.00 horas y me despierto de una corta pero revitalizante siesta. Mis pies siguen algo hinchados, pero al menos han dejado de dolerme. Me pego una ducha rápida y abandono el Berlin City Hostel con energías renovadas y en busca de una buena cena y unas cuantas cervezas alemanas. Salgo de la oscuridad de Mohrenstraße para incorporarme a Friedrichstraße. Es una calle amplia y cuidada, pero ya a estas horas está tan muerta como la Gran Vía de Madrid a las tres de la tarde un día cualquiera de Agosto. Continúo hasta cruzar Unter den Linden, que siempre lleva algo de tráfico. Mientras espero en el semáforo, contemplo a lo lejos la Puerta de Brandemburgo. Ya terminaron las protestas, se fueron los manifestantes, cesó el ruido y retiraron las tanquetas. Camino calle arriba y la animación aumenta progresivamente, hasta que se hace evidente al cruzar bajo los raíles de la estación de Friedrichstraße. Aquí hay locales interesantes, pero quiero llegar algo más lejos antes de cenar. Me detengo unos minutos apoyado sobre la baranda del Weidendammer *brücke*, observando las oscuras aguas del Spree, escuchando el animado parloteo de turistas y locales que van y

vienen y cruzan la calle por cualquier parte... ¡Cómo te echo de menos, chiquitina mía! Normalmente disfruto en soledad, pero te añoro tanto. Bueno, necesito moverme, escabullirme entre la luz y el alboroto si no quiero que me alcance la *depre*. Así que continúo casi hasta el final de la calle, giro a la derecha y me sumerjo en Oranienburger *straße*. El aroma a curry de los restaurantes asiáticos se mezcla con el de la marihuana y el de los kioscos de *weißwurst*. No me gustan las salchichas, así que me decido por un kebab de falafel y verduras que sirven en un garito al aire libre, algo más adelante. A esto lo llaman *imbiss*, una comida rápida y ligera. Para un estómago como el mío es suficiente. El *Ägyptisches Kebab* no tiene cervezas en la nevera... ¿Serán musulmanes de los de verdad? Bueno, pillo un *ice tea*. ¿Falafel kebab, bitte? ¡Danke! Tarda unos minutos en prepararlo, pero huele estupendo, ¡y por sólo dos euros y medio! Escojo una mesa que mira a la calle, aparto la pipa de agua y me siento. Todas las demás están libres salvo una al otro lado del local, en la que cuchichean tres jóvenes turcos mientras se lían un porro. Saboreo los garbanzos fritos mientras contemplo el continuo y relajado flujo de gente que mariposea al rededor de los



animados garitos de copas. Tenía bastante hambre, pero el sándwich ha satisfecho con buena nota las expectativas de mi estómago. Ahora sólo falta regarlo un poco con bebida de verdad. Vuelvo sobre mis pasos hasta encontrar una tasca que vi antes al pasar. Entro en el Zapata, uno de los locales que comparten los bajos del viejo edificio okupa de Tacheles. Me tomo unas cervezas procurando no quemarme con el dragón de la pared y salgo de allí mucho más alegre, pero con ganas de respirar el aire fresco de la noche berlinesa. Camino zigzagueando de un garito a otro, todos repletos de turistas. Degusto el olor de la comida callejera, floto sobre el bullicio de los berlineses y los borrachos internacionales, cruzo entre las putas que aguardan pacientes un primo que las lleve a casa, esquivo las bicis que circulan a toda

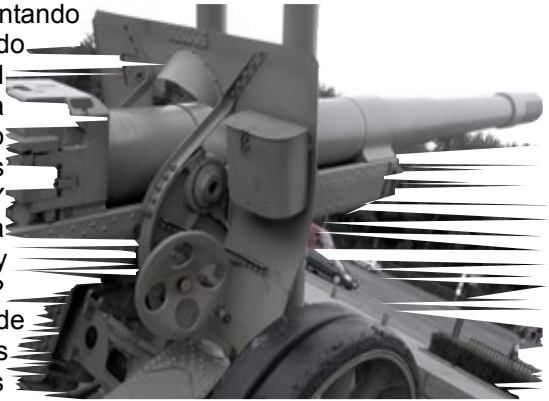
velocidad por la congestionada *straße*. Y llego hasta el *Museumsinsel*. Hace una noche preciosa y recorro el margen del río sintiendo su frescor. Pronto se desvanecen los efectos espirituosos de la cerveza y mis pies vuelven a recordarme que llevo caminando demasiado tiempo. Así que decido que es hora de volver al hostel. Poco antes de alcanzar Oranienburger *straße*, tres furgonetas blancas me abanicán al pasar a toda velocidad. Cuando llego a la altura del parque, los discretos vehículos están aparcados en una estrecha callejuela lateral. Sigo caminando entre las putas, que casualmente han ligado, ¡todas! Sin embargo, no parecen muy contentas. Cada una está acompañada por un par de tipos altos y guapos, pero sus ojitos no pestañean alegres. No hay duda de que son polis de paisano. Mis amigos siempre me dicen que soy un paranoico... Yo siempre les digo que no se fijan suficiente. Son polis... Mira, esos dos se parecen a los de esta mañana, a los que iban tras el hippie. ¿Querrá el gobierno prohibir la prostitución callejera? ¿O simplemente piden a las putas que sean algo más discretas, algo más recatadas con los turistas? En fin, la misma mierda de siempre. Pillo una birra en un kiosco y le doy un buen trago. No está mal... ¿Beck's? Puta globalización... Camino alegre hasta que se me acaba el combustible americano. Llego bastante cansado al City Hostel. Subo las escaleras como un zombi, inserto la tarjeta perforada en la cerradura, tiro la mochila junto a la litera y me derrumbo en el colchón.

Despierto con las pilas recargadas, pero aún tengo los pies hinchados y doloridos. Con una ducha fresca mejoran un poco. Bajo las escaleras y pillo un diario gratuito en la recepción. Entro en la cafetería, me preparo un buen tazón de muesli con leche y ocupo una de las mesas de picnic que han desplegado en el patio. La brisa matutina huele a pureza y me eriza el cabello del antebrazo... me encanta comer al aire libre. Aún es pronto, pero algunos rayos de sol se cuelan por encima de los muros del hostel y caen sobre las páginas grises. Ojeo el periódico sin sacar mucho en claro del idioma tan espeso en el que está escrito. Hago uso de mi don para obtener información del contexto y hacerme una idea de las noticias. Las fotografías ayudan bastante, para eso estamos. La investigación del incendio en una granja de las afueras de Berlín determina que se trató de un accidente, murieron catorce personas por un error humano al manipular indebidamente un tanque de gasoil. Se han subsanado las deficiencias en la central nuclear de Krümmel y los nuevos transformadores llegarán a



principios de 2010. Investigan a un grupo terrorista ecologista como responsable del robo en un laboratorio farmacéutico de la periferia. La manifestación transcurrió sin incidentes y tan sólo cinco personas tuvieron que ser detenidas por alteración del orden. Un accidente ha terminado con la vida de Wagner C. cuando... ¡Joooooder! No, no, joooooder. ¿Es él? ¿Es posible...? ¿Es realmente él? No puede ser. Claro que no. Es normal, todos los alemanes son blancuchos y rubios con el pelo largo rubio y esa barba de dos días... ¡Y una mierda! Es él. Es él, con los ojos saltones y sin gafas. Es él, con la boca abierta como un besugo. Es él, con sus rizos pálidos empapados del agua del río. Es él, bajo una sábana de plástico plateado. Es él, ahogado en el Spree. Un accidente, dicen. Alcohol, bicicleta, imprudencia, sin testigos... Lo encontraron al atardecer. Es él... Agarro la cámara que espera tranquila junto al tazón de muesli, y la leche se derrama sobre la madera barnizada. Paso una tras otra las fotos de ayer... Paso las fotos de los monumentos, esperando no encontrarme con ese rostro, otra vez... Pero ahí está. Ricitos de oro encaramado a un cañón ruso de la Segunda Guerra Mundial. Es él...

Subo Friedrichstraße con la cabeza gacha, intentando recordar el momento. La luz caía desde el cielo, el ruido atronador de la manifestación, mi ropa mojada por el sudor, el olor del césped, mis pies hinchados. Un tipo encaramado a una pieza de artillería... ¿Qué cojones hacía ahí? No, no estaba borracho. Le buscaban dos tipos duros, sus zancadas demasiado largas para ir vestidos con vaqueros y camiseta. Y no les hice una puta foto. ¿Qué coño me costaba hacer una puta foto? Pero sí se la hice al chaval, y por eso sé que no soy demasiado paranoico. Es él. Era él. ¿Qué cojones hacía ahí? Tuerzo a la izquierda en Unter den Linden, cruzo la puerta de Brandemburgo y continúo por la *17 Juni*. Aún quedan residuos de la manifestación en las cunetas, pero ahora el tráfico es intenso y los turistas pueblan las aceras. De nuevo aquí, frente al soldado de metal, todo parece tan distinto. ¿Qué cojones hacía ahí? Alcanzo el cañón y aparto de un empujón a un angelito rollizo que está dibujando algo con su dedo pringado del ketchup de su *currywurst*. Me subo al chisme de acero, mientras el colegial profiere esotéricos juramentos germánicos que, afortunadamente para él, son totalmente incomprensibles para mí. Y ahí está, no me había fijado el otro día. En ese lugar, justamente frente a mis ojos hay una caja metálica para municiones soldada al armazón. Levanto la pesada tapa, pero allí no hay más que mierda y graba blanca, de la que hay bajo el caucho



carcomido de la máquina. ¿Qué cojones hacía ahí? ¿Cogió algo, o lo dejó? Si lo cogió no hay nada que hacer, pero... Rebusco y rebusco entre la mierda, y nada. No puede ser, tiene que haber algo, y no me largaré hasta que lo encuentre. Saco una lata de cola aplastada, y nada dentro, la lanzo lejos. Saco el envase de una hamburguesa, y nada dentro, la lanzo lejos. Saco un paquete de tabaco arrugado, y... ¡qué gran suerte, queda un cigarro! Lástima que haya dejado de fumar. Pero... ey, hay algo embutido dentro, entre el tabaco, mis dedos ansiosos aplastan el cigarro, hay algo duro embutido dentro. Mis dedos ansiosos desmenuzan el papel y las hebras y... Un diminuto tubo de plástico transparente aparece entre mis dedos ansiosos. La extraña probeta parece vacía, pero está marcada en un extremo con el popular logotipo de Bayon... Demasiado sospechoso como para lanzarlo lejos. Y no hay más allí dentro, excepto escoria y graba blanca. Así que me descuelgo, más atento al tubo que sostengo entre mis dedos que a los pies hinchados que me mantienen sujeto al suelo, pese a que mi cabeza da vueltas y se revuelve en un tifón de adrenalina.



¿Ha pasado un segundo, quizá un minuto, tal vez cinco? Cuando logro apartar la vista del maldito tubo que parece pegado a mis dedos y a mis sentidos... busco asustado a mi alrededor. Pero no, no hay ningún ejército de mafiosos contratados por Bayon con pistolas en las manos a punto de saltar sobre mi espalda. Aquí no hay nadie. Nadie mas que el nene malcriado, su grasiento progenitor sentado al otro extremo del monumento y, en medio del memorial, un puto paranoico absorto en un pedacito de mierda transparente que sujeta entre sus temblorosos dedos. Un pedacito de mierda transparente que seguramente no significa nada. Pero decido guardarlo, guardarlo rápido en el bolsillo del pantalón y largarme de aquí cuanto antes. A grandes zancadas me alejo de allí, miro a mi alrededor como una ardilla fuera de su madriguera. A grandes zancadas me alejo de allí, ¿y no es acaso cierto que aquel papi con sobrepeso me está observando, aún con una hamburguesa intacta entre las manos? Noto como la cámara de tráfico me

acecha, me persigue mientras cruzo la gran avenida hacia el otro lado del parque. ¿Hasta qué punto es saludable confiar en mi paranoia? Pero no es para menos, llevo un puto tubo de ensayo en los pantalones que como mínimo ha causado la muerte de un joven. ¿O es sólo el deshecho de algún medicamento corriente? ¿Claro, por qué no? Y el chico de melenas se lanzó al río montado sobre una bicicleta porque tenía calor... La adrenalina no me deja pensar. Necesito pensar. Necesito pensar con tranquilidad. Me decido a volver al hostel. Pero todos me parecen sospechosos mientras avanzo por la acera del Tiergarten. Todos me miran, me vigilan. Sí, estoy paranoico, pero no hay nada de malo en correr, ¿verdad? Y corro, hacia el interior del parque, entre los árboles. No es nada vergonzoso ponerse a correr como un maldito loco, ¿verdad?. Y corro, espantando a conejos, aves y grillos. Ojalá resulte que soy un imbécil que ha visto demasiadas películas. Y corro, por sinuosos y solitarios caminos. Ojalá resulte que la fotografía de mi cámara y la del periódico no sean de la misma persona. Y corro, mientras mi corazón bombea y mis pies palpitan dolorosamente. Ojalá resulte que la mierda que llevo en el bolsillo de los vaqueros no sea más que mierda, y nada más. Pero ahora corro, y corro hasta que mis músculos consumen la adrenalina y en mi mente amaina la tormenta. Estoy sin aliento. No sé qué pensar, no sé qué hacer, pero necesito descansar. Mis rodillas se doblan al llegar

junto a un grueso árbol, y me dejo caer hasta quedar sentado en la hierba. Sólo escucho mi respiración, el palpar de mi corazón que golpea mi pecho bañado en sudor. Y saco la vaina, la pequeña probeta de plástico. ¿Y si lo entierro? ¿Y si borro la memoria de mi cámara? ¿Y si me olvido de todo?

¿Ha pasado un segundo, quizá un minuto, tal vez cinco? Cuando logro apartar la vista del maldito tubo que parece pegado a mis dedos y a mis sentidos... busco asustado a mi alrededor. Y como una pantera, aparece de entre la maleza un hombre alto y atlético, vestido con mallas de deporte negras y camiseta ajustada. Apenas tengo tiempo para ocultar tras mi espalda la mano que sostiene el misterioso tubo. El tipo me clava sus punzantes ojos grises durante un breve instante, tan corto que ni su grueso reloj de pulsera sería capaz de medir, y continúa por el camino perdiéndose entre los arbustos. Pero esa mirada... ¿y no es acaso cierto que acercó el puño a su boca como si quisiera toser sin ganas? Me pongo en pie de un salto y a grandes zancadas me alejo de allí. Alcanzo la linde del parque y llego a Ebertstraße.



Hay mucha gente en la calle, pero justo en frente tengo esa especie de escombrera de bloques de hormigón que es el Monumento a los Judíos Asesinados de Europa, en el que puedo perder a cualquiera que decida seguirme. El semáforo se pone en verde y me adelanto ávido a la manada de turistas que esperan cruzar también. Escucho el rugido de un motor que se abalanza sobre mí, y de un salto consigo que mi culo vuelva a la acera. Tirado en el suelo escucho el grito de una turista histérica y el chirrido de unas ruedas que derrapan sobre el asfalto. Del Volkswagen negro, detenido en medio del paso, bajan dos jóvenes en chándal que me apuñalan con la mirada. Y corro. Cuando mi mente empieza

a preocuparse, mis piernas ya llevan un rato corriendo avenida arriba, esquivando oleadas de transeúntes despistados. Y corro. Alcanzo la Puerta de Brandemburgo y logro cruzar la calle sin ser atropellado. Y corro. Los guardias de la embajada de Estados Unidos acarician con recelo las culatas de sus HK's cuando me ven pasar a toda velocidad. Y corro. Escucho jaleo a mis espaldas, sin parar de correr me giro para mirar, y detrás de mí dos tipos en chándal me persiguen de forma poco deportiva, abriéndose paso entre codazos y empujones, el clon turístico de Jeff Harper les insulta en alemán. Y corro. Desciendo las escaleras del U-bahn como Alicia por la madriguera del conejo, por fortuna no hay tornos que sortear. Y corro. Oigo el pitido, salto el último tramo de escaleras, veo el tren y llego justo a tiempo para arrojarme al interior de vagón antes de que cierre las puertas. Sentado en el suelo veo pasar las columnas de la estación y después la oscuridad detrás de las ventanas. Joder...



Por unos minutos dejo que mi corazón se calme, me concentro en la respiración, inspiro,

expiro. No quiero que me maten, pero sería aún peor que me diese un ataque cardíaco. Cuando vuelvo la realidad percibo que todo el vagón me está mirando. ¿Será porque estoy despanzurrado en el suelo, bañado en sudor, con el rostro pálido y con una diminuta probeta entre los dedos de mi mano derecha? Me guardo esa mierda en el bolsillo y me levanto. Disimulo buscando en el plano la ruta más corta hacia mi destino ficticio. ¿Por dónde se llega a mi casa? Ya he tenido Berlín suficiente... Entonces me doy cuenta de que esto no es el U sino el S-Bahn. Aquí estoy atrapado, debo salir a la calle. En la siguiente, la



siguiente es... Friedrichstraße. Donde sea, tengo que salir de aquí. Las puertas se abren y escapo a toda velocidad. Subo y bajo escaleras, recorro los pasillos en todas direcciones, corro tan deprisa que no sé dónde voy, como una mosca golpeando contra el vidrio de la ventana, hasta que al fin consigo salir. La calle, el aire libre, la luz... Cruzo tan deprisa las puertas automáticas que no veo al poli que está detrás. Cuando estás nervioso ves como lo haría un borracho, efecto túnel incluido; y tus movimientos son igual de torpes. Chocamos frontalmente. Ah, mi puta nariz, la puta nariz se me aplasta contra su frente. Mis ojos lagrimean, quieren cerrarse, pero los abro, los abro como platos, necesito ver,irme de aquí tan rápido como pueda.

- Enchuldigun -digo con voz nasal, y continúo mi camino intentando no chocar con nada más.

- Bitte warten... -escucho a mis espaldas. Pero soy un puto turista, no entiendo su puto idioma, o eso me gustaría.- Warten! -Me quedo paralizado, mi mente evalúa la posibilidad de salir corriendo, pero mi cuerpo se ha quedado helado. ¿Para qué coño tengo sesos? Hostia puta. Decido girarme y poner cara de inocente.- Ihre Kamera... Sank der Kamera -me dice, dando palmaditas a mi Nikon mientras la sostiene con sus manos grandes. Es un viejo rechoncho, con pelo canoso que sobresale de su estúpida gorra de poli. La pistola bien enfundada en la cartuchera y demasiado lejos de su mano. Me acerco con pasos vacilantes y actúo lo mejor que puedo, fingiendo normalidad, intentando olvidar la cara del chico muerto, ese rostro perdido en algún lugar de esa diminuta pero infinita matriz de silicio que alberga mi preciada cámara digital.

- Oh, thank you very much, officer. I drop it. Danke schön.- Sostengo una sonrisa estúpida mientras me alejo de allí a grandes zancadas en cualquier dirección. Atrás dejo el estrés de los accesos al transporte público, llenos de gente, llenos de cámaras, llenos de polis y guardias de seguridad. Atrás dejo el siempre indescifrable crepitar del walkie. Atrás dejo ese ruido blanco, y la complicada voz alemana que responde...

- Warten! Warten! -Le escucho gritar a mis espaldas. Es un tono distinto, mis piernas lo entienden, comprenden en seguida la sutil diferencia en el timbre de voz. Y corro. No sé dónde estoy exactamente, pero tampoco sé dónde quiero llegar... ¿Volver al hostel? No, demasiado arriesgado. Y corro. Corro a la orilla del Spree. Y corro. Cruzo el río por Tucholskystraße, pero hay demasiada gente y tuerzo a la izquierda. Y corro. Tomo Ziegelstraße y giro a la derecha por Kalkscheunenstraße, tiene que estar por aquí. Y corro. Cruzo Johannisstraße y continúo por un camino de tierra junto a un parking. Y corro. Veo el edificio viejo y destartalado a mi derecha, salto una verja metálica y cruzo un vertedero de chatarra. Y corro. Y cuando estoy a punto de echar la bilis ya estoy ahí, rodeado de esculturas llenas de herrumbre y un grupo de neohippies. Aquí estaré seguro, los he perdido, los he perdido... Respiro profundamente e intento retener mis tripas dentro. Joder, por qué poco. Los tipos me miran con curiosidad, pero de pronto, su mirada vuela de mi rostro a mis espaldas, más allá. Y escucho el jaleo. Varios polis de uniforme cruzan un mar de escoria y herrumbre. Apenas me quedan energías, pero corro, con la boca abierta como un besugo recién pescado, fuera del agua, asfixiándose.

- Du willst nicht etwa hier bleiben? -Un chaval de rastas me coge de la muñeca y me arrastra hacia das Kunsthaus Tacheles. No se si entrar en esa ruina me va a salvar de la poli, pero no me quedan ideas, ni energías. Le sigo. El chico abre paso entre los curiosos y nos metemos en el edificio. Huele a polvo y a cerveza rancia.- What's the problem, man? -me pregunta en inglés, intuyendo que no le entendí antes.- Bad cops?

- Yes, bad cops... -respondo, apenas me queda aire en los pulmones. Subimos varios tramos de escaleras, hasta que pierdo la cuenta. Abajo se escucha jaleo y botas que suben a toda velocidad. Estoy mareado de tantas vueltas. Dejamos las escaleras y cruzamos un marco sin puerta. Pasamos una sala en ruinas, el cemento gris oscuro como lava fría cubriéndolo todo. Subimos una escalerilla metálica de mano que chirría bajo nuestros pies. Atravesamos agachados una buhardilla llena de trastos viejos y olvidados. El chico cierra la puerta y echa un grueso cerrojo de hierro. Cuando se vuelve hacia mí me ve resoplar, y sonrío.

- Be calm, man. They can't find us here.

- Can't be calm. They wanna kill me. Can't be calm -digo, tragando ansioso el aire viciado de la habitación. Me dejo caer sobre el suelo sucio de colillas y ceniza.

- Kill you? -El chico deja de reír, saca un periódico enrollado del bolsillo trasero de sus vaqueros, lo tira al suelo y se sienta en el suelo junto a mi. Durante un rato el silencio invade nuestro mundo. Hasta que escuchamos a la poli golpear con sus botas las escaleras, gritando, olisqueando el rastro como perros de presa. En el suelo yace el periódico arrugado, es le periódico de esta mañana, abierto justo en la única página que no quiero ver. La cara hinchada, los ojos desorbitados, los cabellos rizados empapados...

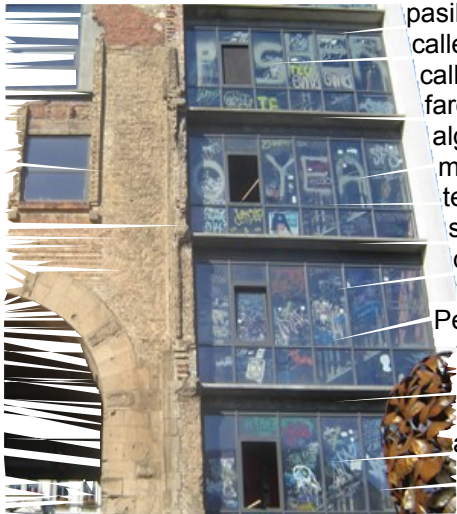
- I know this guy... -Necesito contárselo a alguien.- I saw him, before they kill him.

- Who the fuck are you? -dice el chico, nervioso.- You're lying.

- I'm afraid I'm not -respondo cansado. Y le cuento la historia, desde el principio. ¿Por qué no? Busco la fotografía que saqué en el memorial, el chaval colgado del cañón. Mi amigo palidece. Los polis hacen cada vez más ruido en algún lugar de este precario laberinto de ladrillo. Mi amigo parece enfermo. Se levanta de un salto y corre hacia una claraboya de metacrilato blanco. Golpea el pestillo varias veces hasta que consigue abrirla. La descuelga y la tira al suelo. Una nube de polvo invade la habitación.

- Follow me! Come on, pfeife!

Trepamos con la ayuda de una silla destartalada para alcanzar el borde exterior y salimos al tejado. Aire libre, demasiado aire libre. Corremos por la azotea. Hay un enorme símbolo de la paz, pintura blanca sobre asfalto desgastado. Esquivamos torres de ventilación y viejas chimeneas. Pasamos de bloque en bloque hasta llegar a una esquina. Bajamos por una escalerilla de mano y nos colamos en otra buhardilla. Bajamos unas estrechas escaleras de servicio, abrimos una puerta de incendios y salimos a un pasillo elegante. Bajamos y bajamos escaleras hasta que llegamos a la calle(que local hay?). Nos perdemos a grandes zancadas por estrechas callejuelas residenciales. El chico se para bruscamente junto a una farola. Hay una bicicleta atada con un candado de cable de acero. Saca algo de su bolsillo y en un par de minutos consigue abrirlo. Me dice que monte detrás. No jodas, ya soy mayorcito para eso, chaval. Pero no tengo opción, supongo que sabe lo que hace. Empieza a pedalear y salimos a Luisenstraße. El chico sabe lo que hace. Pronto va tan deprisa como el resto del tráfico, o aún más rápido. Me agarro con todas mis fuerzas al sillín y me preparo para una dura caída al asfalto. Pero no, el chico sabe lo que hace. Me hace una ruta turística suicida a toda velocidad, entre coches mal aparcados por calles estrechas llenas de peatones despistados. Sube y baja bordillos, se salta semáforos y toma los cruces en diagonal... Para no llamar la atención, supongo. Al final dejan de sudarme las manos y me recreo en el paisaje. Pedealea un rato más por Wilhelmstraße. De pronto, gira bruscamente a la derecha y penetramos en un oscuro y anónimo callejón lateral. Pulveriza los frenos y logramos detenernos antes de chocar contra unos rebosantes contenedores de basura. Abandonamos allí la bici y caminamos un rato hasta alcanzar otra casa ocupa. Me hace subir una sucesión infinita de escaleras. Mis tripas rugen, estoy sediento y no sé cuanto más voy a aguantar en pie. Toc; toc, toc; toc. Nos abre un gordo en camiseta de tirantes y un bol de cartón lleno de tallarines con setas sujeto entre sus gruesos dedos. Tengo hambre. El tipo nos mira raro, con desconfianza, pero nos deja pasar sin hacer preguntas. La puerta vuelve a cerrarse casi antes de mi culo cruce el umbral. Es una habitación estrecha y llena de kippel, una cocina americana con una nevera estropeada y un lavabo oculto bajo un montón de ropa sucia. El gordo vuelve a sentarse frente a la pantalla cabezona de un viejo ordenador. Sin pedir permiso hago mio un sofá cubierto de papel de periódico, y mis ojos se cierran. Los escucho hablar en alemán, un murmullo rápido y continuo, demasiado cansado para entender una sola palabra. Me relajo, expiro y mi cuerpo parece derretirse sobre el maltrecho sillón. Pero de pronto escucho el chirrido. Abro los ojos y es el gordo que me está gritando, su cara redonda y roja de ira frente a la mía, fusilando mi rostro con pequeños proyectiles de saliva. Sus gruesas manos agarran con fuerza los brazos del sofá, zarandeándolo, levantándolo del suelo. Está cabreado y me grita, me grita y echó su aliento sobre



Me hace subir una sucesión infinita de escaleras. Mis tripas rugen, estoy sediento y no sé cuanto más voy a aguantar en pie. Toc; toc, toc; toc. Nos abre un gordo en camiseta de tirantes y un bol de cartón lleno de tallarines con setas sujeto entre sus gruesos dedos. Tengo hambre. El tipo nos mira raro, con desconfianza, pero nos deja pasar sin hacer preguntas. La puerta vuelve a cerrarse casi antes de mi culo cruce el umbral. Es una habitación estrecha y llena de kippel, una cocina americana con una nevera estropeada y un lavabo oculto bajo un montón de ropa sucia. El gordo vuelve a sentarse frente a la pantalla cabezona de un viejo ordenador. Sin pedir permiso hago mio un sofá cubierto de papel de periódico, y mis ojos se cierran. Los escucho hablar en alemán, un murmullo rápido y continuo, demasiado cansado para entender una sola palabra. Me relajo, expiro y mi cuerpo parece derretirse sobre el maltrecho sillón. Pero de pronto escucho el chirrido. Abro los ojos y es el gordo que me está gritando, su cara redonda y roja de ira frente a la mía, fusilando mi rostro con pequeños proyectiles de saliva. Sus gruesas manos agarran con fuerza los brazos del sofá, zarandeándolo, levantándolo del suelo. Está cabreado y me grita, me grita y echó su aliento sobre

mí, un delicioso aliento a tallarines con setas. El sueño desaparece y le cede el lugar al hambre.

- Man, don't understand a word...

- YOU ARE A FUCKING POLICEMAN! OR WORST!

- I'm not... Trust me. I... Fuck, if you gimme some of this -digo, señalando el cuenco de tallarines- I'll tell you all I know... And also give you this... -Y saco el pequeño tubo de mi bolsillo.

El silencio dura uno, dos, cinco, diez segundos... No lo sé. Cuando me doy cuenta intento apartar la vista de la maldita probeta. La despego de mis dedos y la deposito con cuidado sobre la gruesa, pálida y sudorosa palma del gordo, que la mira con una mezcla de incredulidad y temor.

- Shiiiiit -dice el de las rastas, rompiendo por fin el incómodo silencio.

Después de devorar un cuenco de comida china y tragarme un par de cervezas fresquitas empiezo a sentirme bastante mejor. El joven de rastas lleva un buen rato tecleando en el roñoso PC, mientras el gordo emite sonidos guturales por el móvil. Cuando cuelga, se sienta frente a mí, en el suelo. Y empieza a hablar en inglés. Y me cuenta una historia que no estoy seguro de querer escuchar. Y los tallarines empiezan a dar vueltas en mi estómago. Son asesinos, asesinos despiadados y bien pagados, me cuenta. El chico de la foto, Waggy, era su mejor amigo, el más valiente de sus compañeros, el más abnegado de la organización ecologista, un activista de acción directa dispuesto a lo que fuese excepto a dañar a la gente o a los animales. Todo eso que dicen en la tele del terrorismo es una patraña; terrorismo, que eufemismo. No buscaban armas químicas, buscaban pruebas. Sí, fueron ellos los que entraron en el laboratorio de Bayon. Buscaban evidencias de que la compañía trabaja con agentes infecciosos que serían introducidos en el material genético de nuevos vegetales con el objeto de que las futuras plantaciones sean invulnerables a insectos y roedores. Buscaban pruebas de de que la farmacéutica supone un gran peligro para la humanidad, para los animales y para las plantas. Y las encontraron. Encontraron gran cantidad de documentación y evidencias físicas. Pero para su sorpresa, no tenían nada que ver con alimentos transgénicos. En aquel laboratorio no se manipulaban agentes infecciosos para ser introducidos en las nuevas semillas, sino en animales, y en humanos. Encontraron pruebas. El A/H5N1 es una cepa altamente patógena de gripe aviar, con una tasa de mortalidad que puede superar el 50%. Como subtipo H5N1 del virus de la *influenza* tipo A, los síntomas son los de una gripe común, con fiebre, tos, garganta reseca, músculos doloridos, y en casos más severos neumonía, problemas del aparato respiratorio, y eventualmente, la muerte. Sin embargo, en las epidemias conocidas, el virus no ha logrado mutar para transmitirse de persona a persona, sólo afecta a humanos desde aves contagiadas y ese contagio requiere unas condiciones muy especiales. Encontraron pruebas. El H3N2, sin embargo, es un virus escasamente patógeno, pero altamente infeccioso. Está preparado para expandirse entre la población humana, como tantos otros virus de temporada. Encontraron pruebas. Sí, una nueva cepa de virus de gripe A, orthomyxoviridae, que contiene material genético combinado de una cepa de virus de gripe humana, una cepa de virus de gripe aviaria, y dos cepas separadas de virus de gripe porcina. Todo eso estaba allí.

¿Qué ocurriría si un laboratorio de una importante empresa farmacéutica multinacional desarrollase una supuesta vacuna porcina experimental que contuviese virus vivos, sin radiar, sin atenuar? ¿Y si la regalase a una granja como producto promocional? ¿Qué ocurriría si una mezcla de cepas preparadas para afectar a la población porcina, con la mortalidad de la gripe aviar, pero con la capacidad de mutar en un virus de transmisión persona a persona se inoculase a una piara de cerdos en las afueras de Berlín? ¿Y si unos ecologistas encontrasen las pruebas de que el laboratorio ha difundido una vacuna que es en realidad un vector para la infección, un caballo de Troya con el propósito de crear y extender una enfermedad para la que sólo ellos tienen la solución, patentada de antemano y dispuesta a venderse por toneladas? ¿Qué ocurriría si unos ecologistas consiguiesen una muestra de la cepa original, un diseño genético manufacturado? Quizá la compañía persistiese con el plan, pero utilizando una cepa más común, menos manipulada, menos de marca, aunque menos letal también. Seguramente decidiese eliminar las pruebas, el foco de la enfermedad manufacturada, la granja, los cerdos, los testigos. Con total probabilidad pagaría millones por las cabezas de los entrometidos ecologistas, millones por recuperar la documentación y los diseños genéticos. Quizá sus socios americanos fuesen cómplices y liberasen otras cepas similares en diferentes puntos del globo. Quizá los gobiernos lo saben, quizá la ONU y la OMS lo saben. Lo único seguro es que Wagner está muerto. Sus amigos están muertos. Encontraron pruebas, se



inmiscuyeron en el negocio y ahora están todos muertos, o pronto lo estarán. Incluido yo.

Cuando encontraron todo aquello se asustaron, pero estaban decididos a sacarlo a la luz. Después hubo complicaciones y sólo se preocuparon en sobrevivir. Ahora saben que están muertos y nunca conseguirán llegar a ningún periódico. Wagy murió mientras intentaba analizar la probeta en un laboratorio independiente. La gente debía saber. La gente debía comprender la mentalidad de las empresas. La gente debía entender que los medicamentos no están diseñados para curar, sino para tratar los síntomas de por vida. Quieren que seamos sus esclavos drogodependientes. Los médicos, los hospitales, los gobiernos se dejan comprar. No les basta con exprimir África, ahora también quieren arrasar en el primer mundo. Cuando encontraron todo aquello se asustaron. Ya no pueden fiarse de nadie, en ninguna parte. No pueden fiarse de nadie, excepto de mí... El rastas y el gordo han conseguido adelantar mi vuelo, ya tienen un pasaje para esta noche. Han duplicado un DVD con la documentación descifrada del desarrollo genético de Bayon. Y el virus, la probeta, el maldito tubo de plástico... de nuevo entre mis dedos. Y si consigo entregarlo al periódico, a cualquier periódico europeo que se atreva a dar la noticia, a investigar su origen... La noticia estallará, la gente estallará, quizá incluso los ecologistas logren sobrevivir a la empresa. Quizá la Humanidad, incluso la Naturaleza consiga sobrevivir a la Empresa.



Me doy una ducha intentando no pensar, contando las manchas de moho, los pegotes de pelo y de jabón reseco en los bordes de la bañera. Me disfrazo con la ropa vieja que me han prestado, repitiéndome a mí mismo que todo esto pasará pronto. Me coloco la peluca rubia delante del espejo, intentando reírme un poco, todo lo que puedo... antes de que llegue el momento de afrontar la tensión y el miedo. Me echo mi Nikon al hombro, guardo el DVD en el bolsillo interior de la chaqueta y escondo el tubo entre un montón de *kleenex* sucios dentro del bolsillo del pantalón. El chico de las rastas me lleva en bici hasta la estación de tren. Nos damos un abrazo y me desea suerte. Le digo que se cuide, me doy media vuelta y camino nervioso hacia el andén. La línea nueve es larga, mucho más larga que cuando la cogí al llegar. Turistas, trabajadores, jueguistas. Todos son sospechosos para mí. Al final solo quedan los turistas con destino a Schönefeld, los turistas como yo. El aeropuerto no es muy grande, es difícil perderse. Llego justo a tiempo para embarcar. Si hubiese tenido que esperar demasiado me habría deshecho de los nervios. Sudo, no hace calor, pero sudo. No llevo equipaje, tan solo me queda la cámara, todo lo demás quedará abandonado en el hostel... Cruzo el arco de metales, ninguna alarma, los guardias no me miran. Trago saliva y camino hacia la puerta de embarque. Y cuando parece que todo va a salir bien, aparece una mujer alta y atractiva que me corta el paso. Una azafata del aeropuerto, el pelo recogido en una coleta, un pañuelo en el cuello, minifalda azul y blusa con escote. Se interpone sonriente en mi camino. Me dice algo que no entiendo, por mis nervios o por su acento. En otra ocasión se me habría puesto dura, pero ahora se me encoje como un acordeón. Intento deshacerme de ella, y su sonrisa desaparece, y su mano me agarra con fuerza del brazo. Estoy a punto de aplastarle la nariz cuando me doy cuenta de que estoy rodeado de dos guardias con las manos en las culatas de sus pistolas...



En aquel momento, mi reacción tendría que haber sido gritar, correr, patear... Estoy contento de no acordarme de nada de lo que ocurrió entonces, pues temo podría haberme congelado, haberles seguido sin interponer resistencia alguna. Quizá me llevaron a una sala de registro, como si llevase un kilo de maría escondido en los gayumbos. En algún momento me drogaron, no sé si antes o después de arrearme una buena hostia en la boca. Cuando me desperté, surcaba ya las nubes blancas con dirección a casa. Me palpitaba la mejilla y tenía un regusto dulce en la boca. No sé cuanta sangre había tragado, pero no me sentía nada bien. Me daba vueltas la cabeza y tenía ganas de vomitar. Mis bolsillos estaban limpios. Perdido en un bolsillo de la chaqueta encontré mi DNI. En el brazo derecho encontré dos pinchazos. Por el dolor de cabeza supuse que me habían administrado un par de dosis de anestésico. Pero seguramente no fue exactamente así. Una punzada fue para la droga, la otra... La otra fue para inyectarme el virus que había llevado durante tanto tiempo en el bolsillo. Quizá alguna mutación mejorada, mejorada para resistir, mejorada para joder. Un descendiente más molesto y resistente que me hará compañía el resto de mi vida. Y para colmo, el único medicamento que elimina parcialmente los síntomas, los mocos, la tos, el dolor de cabeza, el único que se comercializa en todo el mundo a un precio escandaloso, es de patente Bayon. Allí

Viraje a Berlín – César Casanova López

tirado en el asiento del avión sólo me quedaban dos opciones, dejar que mi rabia tomara posesión de todo mi ser y me lanzase al vacío... O hacer como quien vuelve a casa después de una interesante salida de fin de semana, y leer tranquilamente el periódico. Y el periódico decía: Méjico empieza a recuperarse tras la oleada de muertes por una mutación



desconocida del nuevo virus de gripe A, gracias a la vacunación y los antivirales desarrollados recientemente por Bastor. En Berlín, desarticulada finalmente la red eco-terrorista presuntamente vinculada con el ataque a un laboratorio de investigación genética de la compañía Bayon, tras un tiroteo en un edificio ocupado ilegalmente en el que resultaron muertos todos los miembros de la organización... Me acordé de aquellos chavales y me surgieron nuevas dudas... Pero un par de azafatas me noquearon antes de que lograra abrir desesperadamente la compuerta a diez mil metros de altura.

Y así fue, en resumen, mi corta visita turística a Berlín. Pero no me creo una estrella, no se me ha subido a la cabeza ser la víctima de un complot internacional. No, no me siento especial, no penséis tal cosa. Es difícil de creer para algunos, pero todo esto es algo que le puede pasar a cualquiera, en cualquier parte del mundo. Sí, sí, pensadlo bien. Es importante que estéis preparados. Es importante que seáis lo suficientemente paranoicos. Huid de las píldoras y las vacunas, de los doctores y los hospitales. Pero si todo eso os parece absurdo, imposible, o demasiado esquizofrénico, tomad la alternativa popular: Abandonad vuestras inquietudes. Sólo, eso. No seáis curiosos, apagad vuestras cámaras, cerrad los ojos, tapaos los oídos, abrid bien la boca y degustad la gruesa píldora... que os meterán por el culo!

A Cecilia, por su cariño

César Casanova López
Madrid, 15 de Septiembre de 2009